

Reflexiones sobre la historia política de México hoy

*Federico Reyes Heróles**

Antes que nada, quisiera agradecer la invitación al Archivo General de la Nación y a su directora en particular.

Como sé que Rolando Cordera trae notas sobre el proceso electoral, hablaré hoy sobre algo diferente. Poco podría yo agregar a lo que diga Rolando. Si me permiten los invito a intercambiar algunas reflexiones sobre algunos problemas que están detrás de la cultura política de nuestro país. Lo hago más con un ánimo de provocación, casi diría que más con el afán de escuchar sus reacciones, que con el de presentar tesis concluyentes.

Creo que hay en el fondo de nuestros símbolos políticos, en el acuerdo que dio origen al Estado mexicano, en el mito fundador del Estado mexicano, algunos problemas severos. Ellos se manifiestan en nuestra vida y

* Director de la revista *Este País*.

Federico Reyes Heróles

nuestras actitudes cotidianas. Son contrahechuras de las cuales poco hablamos. Quiero insistir en que cuando hablo de cultura siempre trato de referirme a hechos, esos pequeños hechos de convivencia cotidiana. Entiendo por cultura cómo se viste la gente, cómo nos transportamos, cómo nos alimentamos, cómo nos vinculamos. Estadísticamente hablando México es un país que presenta una cultura política con algunas variantes muy especiales. Un ejemplo: el respeto interciudadano es muy bajo. El respeto entre los ciudadanos que se manifiesta en cuestiones tan concretas como, por ejemplo, el que no respetemos las hileras, los horarios, entre otros. Es un síndrome de un problema muy grave. No hay democracia que funcione a cabalidad, si los ciudadanos no sienten respeto por sus congéneres. Se trata de los cimientos de toda vida democrática. Pero, ¿de dónde viene todo esto?

De entrada hay un problema de ubicación en el tiempo o en los tiempos. Como bien decía Borges, el tiempo, al fin y al cabo, es una imagen. La imagen que hemos creado de los tiempos históricos, para México, ha sido una imagen bastante opresiva. Pareciera que el pasado mexicano es una carga de tal manera pesada que se ha convertido en una especie de referente mítico, intocable, un objeto en una vitrina sagrada, que está ahí para ser admirado y no cuestionado. Hemos tenido una actitud poco crítica hacia algunos de los periodos históricos en que se conformó el Estado mexicano y previos. Ello nos lleva a aproximaciones bastante superficiales sobre el origen de nuestra cultura política.

Por ejemplo, hablamos poco de las sociedades estamentales que encontraron los españoles, los conquistadores. Hablamos muy poco de las consecuencias de las estructuras militares que tenían esas sociedades. Hablamos muy poco de cómo la persona, el ciudadano, jugaba un papel casi imperceptible durante el periodo precolombino. De hecho no existía esa concepción, lo cual es normal si se van ustedes al año 1000, pero empieza a ser preocupante si llegan ustedes al año 1500. Tenemos un expediente poco digerido de nuestro pasado que nos ha llevado a elaborar fetiches que pesan para nuestra concepción del presente mismo. Si a esto se le suma que el pasado fue utilizado por el régimen para construir una especie de historia oficial, nos encontramos con que debemos revisar con mucha acuciosidad, con mucho cuidado y con ánimo crítico nuestro pasado. Una severa relectura crítica de nuestra

historia nos sería de gran utilidad. Hay algunos lugares comunes de los cuales se desprenden muchos de nuestros problemas actuales. No es del todo evidente que estemos de acuerdo con nuestro pasado, con lo que fuimos y, por ende, con lo que somos. Creo que el Archivo General de la Nación es el sitio adecuado para continuar con esa relectura crítica de nuestra historia.

Pareciera entonces que esa relación fallida con el tiempo, con ese pasado glorioso que hemos mitificado, nos lleva a lanzar propuestas tan ambiciosas como “30 Siglos de Esplendor Mexicano”. Se parte del supuesto de una continuidad en el esplendor mexicano. ¿De verdad se dio esa continuidad? De ser así, ¿cómo explicamos nuestras desgracias contemporáneas? Esta visión mítica del pasado nos ha hecho tener una ubicación errónea del presente y del futuro. Hay un encadenamiento de los tiempos por parte del sujeto cognoscente que en nuestro caso es fallido. El pasado fue glorioso, insuperable. El presente es desgarrador. El futuro no podrá ser mejor. Existe un altísimo contenido del azar en las decisiones de los mexicanos. Alrededor de 27% de los mexicanos toman sus decisiones cotidianas basados en el azar, lo cual es una manifestación de una cultura muy particular. No apostamos a la razón en el presente por lo cual no construimos futuro.

No estamos nunca de manera cabal, plenamente, en el presente. No vivimos para ser, sino que, de alguna manera, estamos en este mundo para recordar ese pasado fantástico que nos dio origen. Ese pasado nos impide que nos apropiemos del presente, que centremos en él nuestras acciones para tener un mejor futuro. Las expresiones cotidianas nos lo expresan con una gran claridad: te tocó o le tocó, ni modo. Así son las explicaciones que escuchamos todos los días. Maquiavelo aseveraba que la fortuna es responsable de la mitad de nuestra vida. La razón se ocupaba de la otra mitad. Si Maquiavelo hubiera caminado por las calles de México o hubiera asistido a una charla de sobremesa, probablemente hubiera elevado su porcentaje. Todas estas expresiones cotidianas hablan de la limitación de la capacidad del ser humano para transformar su entorno, lo cual nos lleva a un asunto que creo es nodal y que sigue presente en la discusión. Me refiero a la jerarquía en que ponemos a la vida misma frente a la noción de pasado y presente.

Existe un largo anecdotario de cómo los mexicanos nos burlamos de la vida. Es cierto, nos burlamos de la vida, entre otras razones, porque nunca

Federico Reyes Heróles

hemos logrado centrar las instituciones políticas alrededor de la vida misma. Una de las grandes conquistas del siglo XVIII fue justamente ésa. La vida es en ese sentido un parámetro para ver la capacidad de apropiación del presente. La idea de bienestar es un buen termómetro. Con frecuencia en las zonas indígenas, entre el campesinado, pugnar por el bienestar es visto como un reto o contraposición a las tradiciones. El bienestar no está en nuestro pasado y dudamos que deba estar en el futuro. Necesitamos por ello reformular este posicionamiento de los mexicanos, ante el pasado, ante el presente y ante el futuro. Hay algunos mitos fundadores o fundacionales que me preocupan, por ejemplo, la noción de raza. La idea de dos razas originales y fundadoras que se encuentran, de dos razas puras que se encuentran para generar una nueva raza es, como propuesta filosófica, bastante cuestionable. La primera pregunta sería ¿cuál es la raza pura? La segunda, ¿es conveniente hablar de una raza pura? Yo creo que no. Considero en cambio que en estos momentos de avance democrático deberíamos repensar nuestro mito fundacional. Debemos buscar un nuevo mito fundador que nos permita ampliar la discusión a los conceptos básicos de la ciudadanía, de los derechos humanos, de la vida misma. Volver más universal nuestro mito fundador puede inyectar mucha energía democrática a nuestro país.

El asunto de la raza nos llevó a una discusión muy complicada que no empata con este siglo ni con el que viene. Allí está el absurdo lema de la Universidad Nacional: “Por mi raza hablará el espíritu”. El mito fundador del México contemporáneo es precisamente la idea de que nos encontramos para fusionarnos en una raza superior: la raza de bronce la llamaría Vasconcelos. El concepto de raza viene aparejado al de pureza, y el concepto de pureza es un concepto que viene de la mano de la intolerancia. Si vamos a empezar a buscar a los mexicanos puros, nos vamos a dar de topes contra la pared. Creo que, en ese sentido, muchos de los valores políticos que se están poniendo en juego, en estos años, tienen que ver con esos mitos políticos fundadores. No en balde, por ejemplo, si se analiza el Escudo nacional en el cual se impone una figura mítica de una de las etnias originales, se concluiría que esto resulta bastante impropio en un país poliétnico y policultural. Si ustedes pertenecieran a alguna de las etnias vencidas, no creo que se sintieran muy orgullosos o muy satisfechos de ver un símbolo mexicana en la

Bandera nacional. Ahí tenemos problemas que nos conducen a anecdotarios o a anécdotas tan poco comprendidas, como la de Soto y Gama sacudiendo la Bandera en la Convención de Aguascalientes. Me refiero al momento en que invoca precisamente esa revolución de raza que está pendiente. La expresión delata un asunto muy complejo. El Estado mexicano no ha logrado introducir a la tolerancia y al respeto como eje de la discusión en la cultura nacional. Recupero aquí la idea inicial del respeto interpersonal. Si el mito fundacional se basa en la idea de raza y no de individuos iguales ante la ley y si la raza lleva a la idea de pureza y de superioridad, pues en verdad no tenemos mucho de que asombrarnos de ciertas actitudes chovinistas que merodean por nuestro país. En México el folclore sustituye al auténtico nacionalismo; nacionalismo como orgullo racionalizado de los logros comunes. Espero que esto cambie.

Cuando los derechos humanos y los derechos ciudadanos son puestos en duda por este peso brutal del pasado, algo anda mal. A final de cuentas quiere decir que ponemos en entredicho a la vida misma frente al pasado. Nos enfrentamos aquí a una actitud lesiva para la impostergable mejoría de las condiciones de vida de nuestros conciudadanos. Si el pasado es lo mejor de nosotros, ¿qué esperanza podemos tener para nuestro futuro? Dice Octavio Paz en una expresión muy afortunada, que los estadounidenses son como conquistadores del futuro. Parafraseándolo diríamos que los mexicanos parecieramos unos coleccionistas del pasado: estamos todo el tiempo admirando nuestro pasado pavoneándonos frente al mundo por ese pasado, pero no nos preocupamos demasiado por el presente.

Por ejemplo, el hecho de que 66% del territorio nacional sea considerado ya desértico o semidesértico o de que perdamos anualmente un millón de hectáreas de bosques y selvas o de que en los últimos siete años hayan muerto un millón de niños por enfermedades prevenibles o malnutrición no ocupa demasiado espacio en nuestras mentes. Este tipo de cuestiones las dejamos de lado porque, al fin y al cabo, estamos en el permanente rescate de ese pasado mítico que, en teoría, nos va a venir a redimir. Precisamente como estamos cargados de pasado y jugamos al azar en el presente, la propia utopía mexicana es bastante débil. ¿Cuál es la imagen compartida que tenemos del México del siglo XXI? Por supuesto no me refiero a un marco rígido

Federico Reyes Heróles

do, opresivo y castrante. Pero debe existir una imagen de futuro que aliente la acción en el presente. No se puede construir una nación a base de reminiscencias, de recuerdos. Una nación es pasado compartido pero también un futuro por compartir, un proyecto construido con anhelos.

Es curioso, a final de cuentas este extraño posicionamiento o situación frente al transcurrir del tiempo nos lleva a tener falta de confianza en la propia acción humana. Si el pasado nos determina, si en el presente creemos predominantemente en el azar y si el futuro es débil, la acción humana se verá arrinconada como poco importante. No estaremos haciendo énfasis en la capacidad transformadora del ser humano para generar mejores condiciones. Hay así una especie de negación del futuro. Quizá por eso se elaboran tan pocos estudios de prospectiva, quizá por ello la diferencia abismal entre el Museo de Tecnología y el de Antropología. He ahí una muestra de dónde se ha puesto peso en las inversiones estatales que tienen que ver con nuestra cultura política cotidiana. Alguien preguntará ¿qué tiene que ver todo esto con lo que pasó en 1997? Tiene mucho que ver. Precisamente la nueva cultura política que se está manifestando, es una cultura política que cuestiona de manera radical muchas de estas interpretaciones que han estado en boga en las últimas décadas. Fueron esas concepciones las que, al fin y al cabo, conformaban una cultura bastante opresora de los derechos básicos de la ciudadanía. Primero el pasado, primero la raza, primero la unidad impuesta, después los derechos humanos, después la democracia.

Nos podemos preguntar ¿cómo es posible que estemos llegando al final del siglo XX y sólo hasta ahora hemos sido capaces de tener elecciones realmente creíbles? ¿Cómo es posible que nos hayamos tardado tanto tiempo en generar una cultura política masiva de exigencia sobre lo que son los derechos fundamentales de la población? La explicación radica, en parte, en el concepto de unidad nacional basado en estos mitos históricos fundacionales. Ellos eran de tal manera pesados que subsumíamos los derechos individuales en estas otras reivindicaciones, siempre más importantes, llámese la unidad del país en el siglo XIX, llámense las reivindicaciones justicieras de la revolución en el siglo XX, o las tan manoseadas razones de Estado. La democracia y, por tanto, nuestros derechos individuales tenían que subsumirse, insisto, en esas otras categorías. Los presidentes en México no se justificaban frente

al país o frente a la ciudadanía: se justificaban frente a la historia sin que sea demasiado claro de qué estamos hablando. Esto habla de toda una correlación de valores, nosotros éramos lo de menos, el presente de los mexicanos era lo de menos.

Regreso a mi tesis, al fin y al cabo lo que importaba era ese otro nivel que tiene que ver con la historia, con ese *continuum* de esplendores mexicanos que sólo muestran un lado de la moneda. De ahí que no sepamos bien a bien, no sólo ahora sino en el pasado, cómo manejar la comparación. Compararnos, que es un ejercicio incómodo, con otros estados o naciones, y darnos cuenta dónde estamos parados, para bien y para mal es un acto que tratamos de postergar lo más posible. Puede ser que si lo hacemos con algunos países centroamericanos, digamos que estamos muy bien, pero si nos comparamos con Europa o Estados Unidos, con países industrializados, el asunto resulta bastante complicado. La comparación en México y de México nos fastidia.

México ha sido un país cerrado a las comparaciones, O'Gorman en un texto espléndido, *México el trauma de su historia*, afirma que somos un país sustentado en una tesis bastante contrahecha. Tratamos de ser modernos y nos apropiamos de los ropajes modernos, pero no queremos la forma de ser de la modernidad. Queremos seguir siendo los mismos, pero a la vez ser modernos, lo cual es incompatible. Ser modernos implica también cambiar a los mexicanos, así como sus valores. Ello es parte de la cultura cívica que hoy nos reúne. Es muy fácil, de pronto, negar que ese México autoritario, ese sistema político autoritario, se mantuvo durante siete décadas en el poder, porque fue avalado por una buena parte de la población. En él se reflejaban, de alguna manera, los valores de esa población. Se nos olvida que los líderes de ese país autoritario fueron vitoreados por millones de seres humanos durante muchos años. Ahí hay algo de confrontación con nosotros mismos, incómoda, pero que debemos de asumir.

Creo también que hay una cierta aproximación hacia la violencia no del todo venerable. México es un país creado, en esta mitología revolucionaria, por puros actos violentos, de ahí que cuando encaramos a un movimiento subversivo y justiciero como es el del EZLN, tenemos una reacción ambigua hacia sus planteamientos. Estadísticamente hablando se demuestra que hay gente que admira al movimiento pues viene a subvertir las instituciones.

Federico Reyes Heróles

Ahí debemos también replantear algunas cuestiones. La falta de una cultura de la legalidad, de una cultura de respeto a los derechos del otro o de los otros se expresa, en buena medida, en este aval que hemos otorgado a los revolucionarios. Los revolucionarios son héroes nacionales llegados para subvertir sistemáticamente la legalidad.

Si vamos a transitar a una etapa de democracia plena, una de las cuestiones que vamos a tener que revisar con todo cuidado es esta mitología de la acción revolucionaria subversiva. También allí hay un asunto que tiene que ver con el pasado campesino del país. Hemos sido incapaces de asumir qué parte del progreso nacional y de la evolución económica del país supone absorber en el sector secundario, en el sector terciario, al campesinado y que este campesinado se va a reducir. De seguir las tendencias, mismas que se han presentado en otros países, veremos que la población económicamente activa del sector primario va a disminuir a menos de 10%. Sin embargo, a pesar de la terca realidad, sigue viva la idea de la aldea original campesina en la cual el Estado no estaba presente. Esta idea de la revolución como regreso a un estadio previo, perfecto, ideal, es un mito, no exclusivo del caso mexicano, aunque aquí se manifiesta con gran energía. Ese mito, cercano al anarquismo, ha sustentado buena parte de las revoluciones campesinas. No en balde comienza Wormack su fantástico texto sobre Zapata, diciendo "esta es la historia de unos campesinos que hicieron una revolución para que nada cambiara".

Está allí la concepción de que podemos tener un país rico, pero mantener un alto porcentaje de la población como campesinado, por supuesto que no es viable. Tenemos que escoger lo uno o lo otro. Podemos llegar a ser, en el año 2025, 140,000,000 de seres humanos, proyectarnos razonablemente como una potencia media. Pero no podemos generar bienestar para 140,000,000 de seres humanos manteniendo 30% de la PEA en el sector primario. Allí hay otro nudo. Si ustedes revisan, por ejemplo, los murales de Palacio Nacional, se van a encontrar con esa visión del campesinado vivo o redimido. La idea misma de progreso es un acto de negación del pasado, es un acto de crítica al pasado y del presente. El progreso es una idea poco común en el país sobre todo en el sur. México no es un país arrojado hacia enfrente, de ahí que le demos poca importancia al desarrollo tecnológico y el científico en

nuestra historia porque, al fin y al cabo, el ánimo de investigación y el ánimo tecnológico es ánimo de transformación del entorno, que no pareciera ser muy fuerte en el caso mexicano.

Tenemos así un conjunto de elementos culturales que han sido obstáculos concretos para desarrollar una cultura de tolerancia, desarrollar una cultura de aceptación del otro en el extranjero y del otro nacional, cultura de falta de tolerancia que lleva a expresiones tan preocupantes como las habidas en algunas comunidades indígenas, en las cuales la expulsión de cientos de familias, por tener distintas formas de profesar sus convicciones religiosas, es una realidad cotidiana. Esa cultura de la intolerancia tiene, en política, una larguísima historia vinculada con el sistema político mexicano. Esa cultura de intolerancia, insisto, se muestra al tratar de aniquilar al otro en lugar de aceptarlo y aprender de él. Con frecuencia planteamos pactos de exclusión del otro. No hace mucho hubo un planteamiento opositor llamado la Alianza por la República, donde se proponía, precisamente, terminar con el otro, desaparecerlo del escenario político, como una solución a los problemas de la falta de legalidad en los procesos electorales. Ésas son las consecuencias de nuestra contrahechura cultural.

Lo que quise traerles hoy son simplemente algunas líneas de reflexión sobre lo testarudo y rígido de la cultura. Cuestiones que deberían de anudar a todos los mexicanos, que nos deberían de unir, como lo es nuestra visión del pasado y el futuro, quizá, y no sólo no nos unen, sino que nos desunen. Tenemos que pensar realmente si el intento de tener una historia omnicomprendiva y una historia tan ceñida, tan rígida en ciertas cuestiones, no sólo no ayuda a la cultura de la tolerancia, sino que, por el contrario, facilita a los intolerantes su trabajo de interpretación del pasado y del futuro. Por ejemplo, existen ciertos cotos de la historia, y voy a citar un caso que me tocó vivir, el de la Convención de Aguascalientes, que siendo interlocutor muy válido del carrancismo, fue negado por la historia oficial durante muchos años. Ocurrió así precisamente porque ponía en jaque ciertos planteamientos de Carranza. Lo mismo sucede con Juárez durante el periodo en que gobernó con facultades extraordinarias o con Porfirio Díaz. Todavía no podemos tener a Porfirio Díaz incorporado en nuestra memoria nacional: Los invitaría simplemente a que reflexionemos sobre algunos de estos temas,

Federico Reyes Heróles

porque lo que surgió de la elección pasada fue una demanda de pluralidad, una demanda de respeto a la diferencia, una demanda de tolerancia que, por desgracia, no es costumbre en nosotros. Debemos encontrar cuáles son los obstáculos para que esa demanda realmente fructifique. Encuentros como el de hoy son un paso en ese sentido.